

libertad. Es preciso destruir ese talisman, cuya fuerza mágica es suficiente todavía para aturdir á muchos individuos. Pido que se haga una ley solemne para abolir la dignidad real.

Entre los gritos frenéticos y los brávos de toda la Asamblea, quien en el fondo estaba de acuerdo con la proposicion, se levantó el montañés Basele.

—Pido que no se obre con precipitacion, dijo, y que se espere el voto del pueblo.

Pero Gregorio, que se habia sentado, se levantó de nuevo, y sacando de lo más profundo de su corazon una frase terrible, la arrojó á la faz de su adversario.

—El rey es en el orden moral lo que el mónstruo en el orden físico.

Y en el momento, con unánime entusiasmo, gritaron todos:

—¡Está abolida la dignidad real!

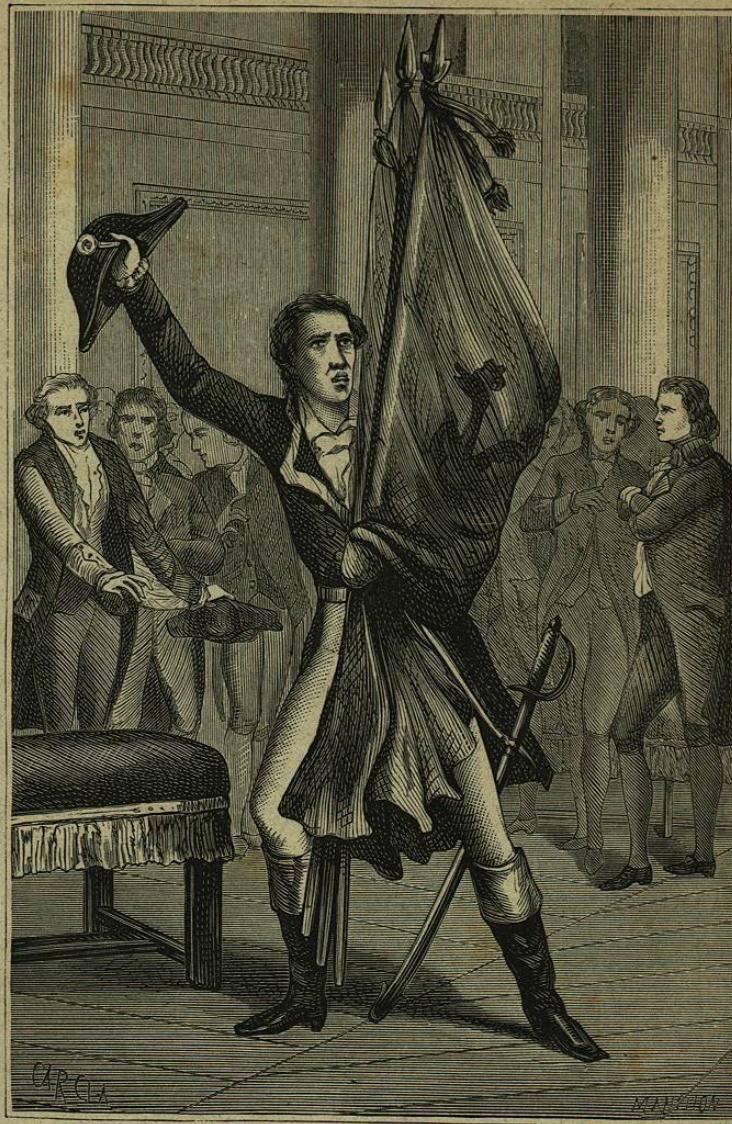
En aquel instante un hombre, cuya palidez demostraba el cansancio, su traje un largo viaje, y el uniforme un representante del pueblo en el ejército, entró en la sala precipitadamente, llevando entre sus brazos tres banderas, dos austriacas y una prusiana.

—¡Ciudadanos! exclamó radiante de alegría; el enemigo ha sido derrotado; la Francia está salvada. Dumuriez y Kellermann, vencedores, os envian estas banderas, tomadas á los vencidos. Llegó á tiempo para escuchar la voz de la Convencion, que proclama la abolicion de la dignidad real. Dadme asiento entre vosotros, porque soy de los vuestros.

Y sin contestar á las señas de Danton, que le llamaba á su lado en la Montaña, fué á sentarse en el banco de los girondinos; pero antes, agitando su sombrero con plumas tricolor y aun impregnadas en el humo de la batalla, exclamó:

—¡Viva la república! Y que sea la fecha de su nacimiento la del día que la ha consolidado, 20 de Setiembre de 1792.

Y al propio tiempo se escuchó el estampido del cañon. Creian dispararlo por la victoria de Valmy, y retumbaba tambien por la abolicion de la soberanía real y por la proclamacion de la república.



—«Ciudadanos: El enemigo está derrotado y la Francia se ha salvado.»



Lo mismo que nos hemos inclinado al concluir el último capítulo delante de los hombres que militarmente habian salvado la Francia, inclinémonos ante aquellos cuya mision era peligrosa en otros conceptos y que fué mortal.

Una vez solamente he asistido al teatro de Tullerías, en donde tuvo lugar la terrible sesion que acabamos de relatar, y otras consecuencia y continuacion de aquella.

Representaban el *Misántropo* y *Pourceaugnac*, obra maestra de Moliere, que presenta bajo doble faz el carácter de su autor, la risa y las lágrimas.

Sobre un estrado estaban dos reyes y dos reinas y varios príncipes aplaudiendo sin cesar.

Me pregunté á mí mismo cómo se atrevian los reyes á entrar en aquella sala, en la que habia sido abolida la dignidad real, proclamada la república, y en donde tantos espectros sangrientos agitaban los sudarios. No temian que aquella cúpula que habia oido los aplausos del 21 de Setiembre de 1792 se hundiera sobre ellos.

Sí, es cierto que debemos mucho á Moliere, á Racine, á Corneille, que tanto hicieron para gloria de su país, al que consagraron su ingenio; ¿pero no debemos más aun á los hombres que prodigaron su sangre por la libertad?

A los primeros se deben los principios del arte.

Los segundos consagraron los del derecho.

Sin los primeros tal vez seriamos todavía unos ignorantes; pero sin los últimos, aun, y sin ninguna duda, seriamos esclavos.

Lo que más se admira en los hombres del 92, es que todos lavaron sus errores y sus crímenes con su propia sangre.

Exceptúo á Marat, quien no pertenecía á ningun partido, y á quien el puñal de Carlota Corday hizo justicia.

Los girondinos, que causaron la muerte del rey, fueron castigados por los franciscanos, y éstos á su vez pagaron la muerte de los girondinos y fueron juzgados por los montañeses, y los hombres del Termidor castigaron á los de la Montaña y se destruyeron despues á sí mismos. El mal que hicieron lo llevaron á sus ensangrentadas tumbas; el bien fué fructífero para la Francia.



Y todos, á pesar de sus faltas, de sus errores, de sus crímenes, eran ciudadanos sublimes, apasionados amigos de la patria.

Su amor por la Francia les cegó, y de aquel amor frenético resultaron los Orosmanes y los Otelos políticos. Odiaban y mataban porque amaban demasiado.

Entre aquellos setecientos cuarenta y cinco hombres no hubo un traidor, ni uno solo que vacilara, ni un cobarde. Fundadores de la república, conservaban en su corazón su amor y su fé en ella; la república era su diosa, su esperanza; con ellos subía en la carreta y les sostenía en el doloroso camino que conducía de la Conserjería á la plaza de la Revolución. Ella les hacía sonreír bajo el fatal cuchillo.

No quiso bajar del cadalso el 10 termidor, y fué guillotinado con San Justo y Robespierre.

En esto pensaba, esto veía como á través de una nube en aquella sala de Tullerías, en donde los reyes y las reinas, ignorantes del pasado é indiferentes para el porvenir, aplaudían á las célebres actrices la Monrose y la señorita Mars.

Sería incompleto nuestro relato si no siguiéramos á Jacobo Me-rey á la mañana siguiente de aquel gran día que hemos evocado de nuestra historia brillante y espléndida.

Jacobo volvió al lado de Dumuriez portador de las secretas instrucciones de Danton.

En los tres días que había estado ausente nada había cambiado en Santa Menehould.

Los franceses, haciendo frente á la Francia, parecían invadirla, y los prusianos, volviéndola la espalda, parecían defenderla.

Las instrucciones de Danton eran terminantes.

Hacer todo para que los prusianos abandonasen el territorio francés, porque al abandonar la Francia materialmente, abandonaban moralmente al rey.

La batalla de Valmy no era, al fin, más que un descalabro; no era una batalla, sino un cañoneo: los prusianos habían perdido mil ó mil quinientos hombres, los franceses de setecientos á ochocientos.

Los prusianos no estaban materialmente derrotados, pero sí demoralizados.

Ambos ejércitos contaban casi igual número de combatientes, de setenta á setenta y cinco mil hombres, pero el de los aliados estaba en muy mal estado.

Las escaramuzas no daban resultado ninguno y habían acordado mutuamente evitarlas; pero Dumuriez había mandado destacamentos de caballería á las cercanías, y había lanzado los ginetes á caza de víveres, en la cual gozaban nuestros soldados y llevaban la abundancia al campo francés ínterin el hambre se aposentaba en el prusiano.

Había día en que el ejército aliado perdía trescientos hombres, bajas causadas por la disentería.

Sin embargo, durante doce días permaneció firme S. M. Federico Guillermo.

Pero nadie en aquel ejército, compuesto de tan diversos elementos, estaba más confuso que el rey de Prusia. El cisma existía en su campamento, la guerra civil en su tienda y el combate en su corazón.

El rey tenía una querida á quien adoraba, la condesa de Lichtenan, que estaba á la cabeza del partido pacífico: se había adelantado hasta Spa y no había querido ir más lejos. La guerra no es del agrado de las mujeres.

Si temía por la vida de su real amante, no temía menos por su corazón.

Las fiestas que le prodigaron en Verdun las vírgenes cubiertas con velos que habían salido á su encuentro para ofrecerle flores y dulces la intranquilizaban. Con frecuencia se ocultaban los rostros feos, pero más aun los hermosos; así es que la condesa escribía al rey cartas desesperadas.

En cambio la noticia del descalabro de Valmy había sido recibida con júbilo por el partido de la paz, así como la traición de Verdun había causado terror.

Brunswick tenía cerca de sesenta y ocho años, y viendo que la campaña no era, como se había figurado, un paseo militar, aspira-



ba á la tranquilidad y á vivir en su ducado, cosas ambas que estaba muy lejos de esperar perderia por el famoso manifiesto. El rey era de la opinion de Brunswick y de los pacíficos, y solo le contenia *el qué dirán*, y contestaba á las observaciones de su querida y de unos y otros con estas palabras:

—¡Pero y la causa de los reyes! ¡Y la libertad de Luis XVI! Es asunto de honor que no debe abandonar un rey, porque seria vergonzoso.

Preciso es confesar que las noticias eran desastrosas para la coalicion.

El 21 de Setiembre se abolió la dignidad real y se proclamó la república, el 24 abrió Chambery sus puertas y el 29 Niza, y la república, como el Nilo, desbordaba por el universo para fertilizarlo.

El malestar se hizo intolerable en el ejército prusiano hácia fin de Setiembre, y Federico Guillermo, á quien aguardaban el emperador de Austria y la emperatriz Catalina de Rusia para que participara de la espléndida mesa en donde devoraban la Polonia, no tenia en su campo lo necesario para comer.

Dumuriez le envió doce libras de café, lo único que le quedaba á él:

Aquellas doce libras de café sirvieron de pretexto para acusar á Dumuriez, y es justicia añadir que fué la única prueba.

A las primeras proposiciones que le hicieron los parlamentarios contestó Dumuriez en nombre de la Asamblea:

—Los franceses no podrán negociar con el enemigo ínterin este permanezca en Francia.

Las instrucciones secretas que Jacobo Merey llevaba estaban muy lejos de ostentar aquella aspereza romana.

Obtener una victoria menos gloriosa, pero más importante que Valmy, y sin batirse.

No exasperar al enemigo para que no se repitiera un Crecy ni un Poitiers.

Acompañar al ejército prusiano con todos los honores de guerra hasta la frontera.

Hacer constar que al abandonar Federico Guillermo la causa de

Luis XVI, abandonaba la de los reyes, y en lugar de poner obstáculos á la retirada de los prusianos, facilitarles todos los medios para ejecutarla.

No pudiendo resistir á la epidemia y al hambre, empezaron á decampar el 1.º de Octubre.

Ese dia anduvieron una legua, y otra legua el dia siguiente; pero ya eran dos de retroceso.

El 30 de Setiembre habia tenido lugar una entrevista entre Kellermann y Brunswick.

Brunswick adivinó el plan de Dumuriez, pero Kellermann, ménos hábil, no lo habia comprendido.

Kellermann insistia en asentar las bases de un convenio, y Brunswick lo evitaba considerando que bastante habia escrito, tal vez demasiado.

—Pero al fin, ¿cómo arreglamos este negocio? insistió Kellermann.

—Muy sencillamente; volviéndose cada cual á su casa como los convidados á una boda; contestó Brunswick.

—Convenido; pero ¿quién pagará los gastos de la boda? Me parece que siendo el emperador quien ha roto las hostilidades, debe darnos los Países Bajos para indemnizar á la Francia; repuso Kellermann.

—En cuanto á eso, nada podemos hacer; es asunto que concierne á los plenipotenciarios.

Y, como hemos indicado, empezó la retirada al dia siguiente.

De una parte y de otra fué el comportamiento inmejorable durante la retirada, y solo Dillon, que no aprobaba aquel modo de guerrear, se expuso dos ó tres veces á que le reprendieran por acercarse demasiado al enemigo, al cual mimaban y contemplaban dándole pan y vino para que adquiriera fuerzas y pasara lo más pronto la frontera.

El 14 evacuaron á Verdun, y el 22 á Longwy.

Por fin el 26 de Octubre pasó la frontera el último prusiano vivo.

El ejército aliado dejaba en las llanuras de Champaña treinta y cinco mil muertos para fertilizarlas.